

ESTUVO la propaganda alemana para España e Hispanoamérica en manos de españoles de filiación falangista o franquista?, preguntará el lector. Y tengo que responder con un "no" rotundo, remitiéndome a las pruebas que deben obrar en manos de las autoridades aliadas y al testimonio de los que pudieron observar el asunto de cerca. Porque todos, absolutamente todos los españoles que trabajaron en aquel artificio de propaganda alemán, fueron exclusivamente de filiación roja, como vamos a ver:

Destaca como niño mimado de ese aparato propagandístico Isaac Abeytúa, hermano de Luis Abeytúa, redactor jefe de *El Socialista*, de Madrid, y persona sobresaliente del socialismo español. Isaac Abeytúa huyó a Méjico y allí se ocupó, entre otras cosas, de la plana política extranjera de la conocida revista *Hoy*. Luis Abeytúa, oficial de Aduanas al que la guerra civil sorprendió en Marruecos, perdió su puesto y su carrera por su conocida filiación. Fué eliminado del Cuerpo de Aduanas y quedó mal visto y sin rumbo. Ya sin carrera, entró en contacto con el director de la Agencia alemana Transocean, que era entonces el señor Hans Lazar. Por poco tiempo, pues Lazar, gracias a su talento y a los impagables servicios que prestó en la realización del Anschluss, pasó a ser agregado de Prensa de la Embajada alemana en Madrid, con ilimitados poderes y presupuesto astronómico. Lazar protegió a Abeytúa y lo despachó para Berlín. Abeytúa apenas conocía el idioma, pero fué colocado de traductor en la Transocean. Poco después recibía otro puesto en la Radio. Algo más tarde recibía otro "enchufe" como traductor del Ministerio de Asuntos Exteriores. A renglón seguido recibió el encargo de hacer la edición española de la conocida revista de propaganda hitleriana *Signal*.

Este español, tan de la acera de enfrente al General Franco, fué el niño mimado y el más consentido de todo el aparato alemán de propaganda. Tan consentido, que pudo permitirse una broma ante el micrófono de la emisora de Berlín y no le ocurrió nada. Y en ocasión en que se encontraba encerrado con los demás traductores en el hotel Adlon (era costumbre cuando se hacía la traducción de un discurso de Hitler que el cuerpo de traductores permaneciese encerrado en el Adlon las jornadas que esto duraba), se escapó para atender una cita amorosa, sin sufrir más consecuencias que una benevolente amonestación. El mismo hecho habría costado el puesto a cualquiera otro, porque significaba un riesgo de filtración al exterior de lo que Hitler se proponía decir. En una palabra, Abeytúa tenía patente de corso.

Otro destacado elemento de la propaganda alemana en habla española era un Dr. Vicens. Separatista catalán. No le vi nunca. Era el intelectual de confianza, el profesor. Tenía cátedras, prebendas y todo género de distinciones. Ganaba una fortuna y vivía sin roce con los españoles, pero imponiéndose como un dictador en las materias que le afectaban. Era una especie de Minerva catalana, inaccesible, en gravitación perenne sobre todos. El auténtico separatista de cepa. Los alemanes le consultaban cada cosa y en él recayó la elección para dirigir la propaganda alemana desde la Torre Eiffel, como el hombre de mayor capacidad para propagandear a las Américas de habla española desde la impresionante plataforma de París. No sé cómo lo haría, porque me echaron y no pude seguir el desarrollo de esa historia. Pero ya he dicho bastante de esta figura, que para los españoles no tenía más que espaldas.

\*\*\* RUSOS. \*\*\*  
GERMANO-AMERICANOS. Y CUBA  
-NOS \*\*\*\*\*

Jefe del servicio español de la Transocean —la Agencia encargada de bombardear con palabras hitleristas las Américas—era Alorda. Le sorprendió la guerra civil española en Berlín y no volvió a España. Se resistió a dar su adhesión a la causa nacionalista. Y para evitarse disgustos, dado que se encontraba en edad militar, recordó que su padre había nacido en Cuba, y, gracias a su relación con el cónsul de este país, se desnudó de la nacionalidad española y se hizo cubano. Ya cubano, al estallar la guerra ingresó en la Transocean. En este excelente chico se fijó Lazar, el agregado de Prensa alemán en Madrid, para proponer a un diario madrileño un corresponsal en la capital del Reich. El periódico aceptó, y Alorda estuvo mandando crónicas hasta que descubrieron sus colegas su biografía antifranquista y su flamante nacionalidad cubana. Unos ocho meses nada más pudo actuar como periodista español de la España del General Franco, merced al respaldo de Lazar. Perdida la corresponsalía por el motivo dicho, le ascendieron a jefe de la Redacción española de la Agencia Transocean. Se mantuvo en este puesto hasta el

final del conflicto, y a uña de caballo alcanzó a huir a Baviera. Allí le sorprendieron los norteamericanos, que, como es natural, le devolvieron a su nueva patria, Cuba.

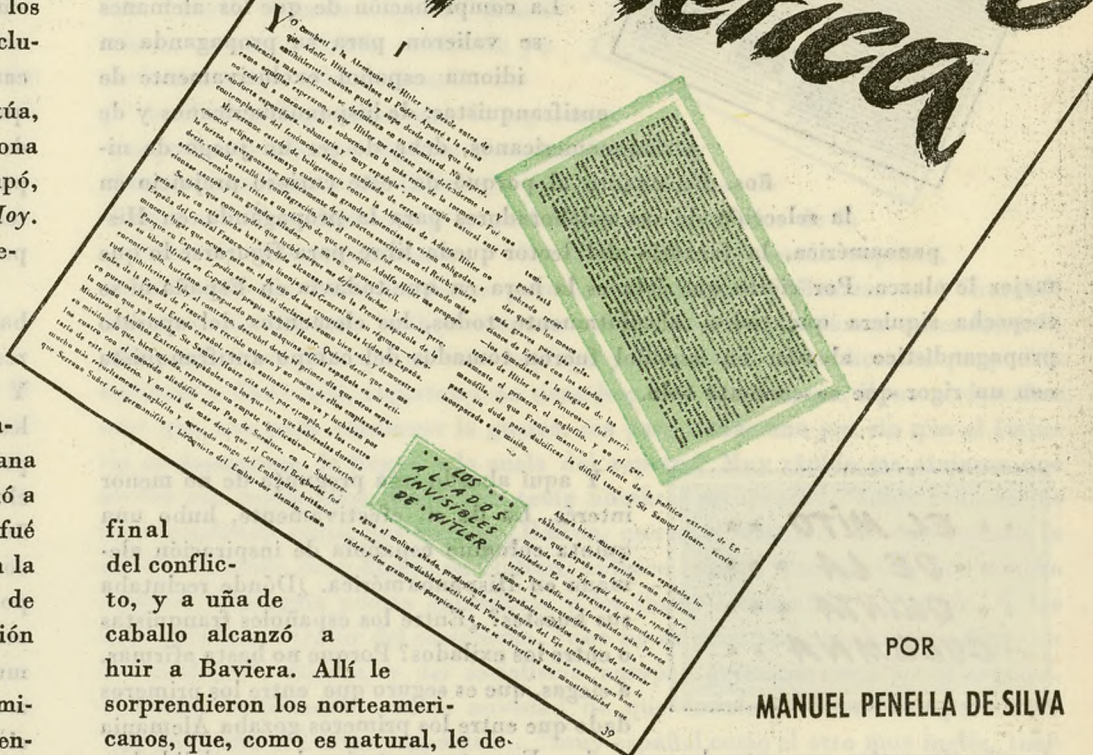
Extrañará leerlo y costará admitirlo; pero estos y no otros fueron los elementos españoles del tinglado propagandístico alemán en habla castellana para España y América. Apenas si cabe apurar más el asunto, pero lo intentaré.

El corresponsal del diario *Informaciones*—el más germanófilo de España—era un cubano. El alma de las emisiones de la Radio alemana en idioma español era un ruso. Los colaboradores de éste eran mejicanos, uno de ellos el famoso "Don Juan" de la propaganda para Hispanoamérica. Y todos los demás colaboradores del diversísimo aparato de la propaganda alemana en lengua española para España y América española eran de origen, nacionalidad y formación, hispanoamericanos o germanoamericanos. Alemanes de Chile, de la Argentina, de Méjico y de Centroamérica... No doy los nombres, porque ni creo que los he sabido nunca, ni aquí es necesario. Ya es bastante que—aunque con repugnancia—haya consignado aquí los de mis compatriotas, que, como queda dicho, ni fueron muchos ni pertenecían a la acera nacional.

LA PROPAGANDA GERMÁNICA. EN MANOS DE LOS EXILADOS

Es rigurosamente cierto que nadie, en absoluto nadie, de la España de Franco, nadie del falangismo español, nadie de la Monarquía o siquiera de las derechas españolas, figuraba en aquellas nóminas. Como si los seleccionadores hubiesen puesto meticoloso cuidado en que todos los elementos de la propaganda alemana en idioma español, o fuesen enteramente ajenos a España o tuviesen antecedentes rojos o de reconocido antifranquismo. No reclutaron más, porque esto habría escandalizado a la representación española. Pero me consta que, habiéndose recibido en Berlín algunas cartas de periodistas españoles exilados que pretendían trabajar en aquel artificio, el jefe de Propaganda, Dr. Zuelhsdorf, tanteó el terreno cerca de la Embajada española para admitirlos. En cambio, por lo que toca a París, el Ministerio de Propaganda utilizó a los que quiso sin preocuparse de la impresión que esto causaría en los españoles de la España oficial. Un día, por descuido, descubrimos en el comedor de nuestro Club de Prensa al jefe de Propaganda con un periodista español "de los de París", que pronto fué reconocido. Supimos que lo mandaron de jira por Hispanoamérica, valido de la confianza que sus antecedentes despertaban en este hemisferio, donde ser español antifranquista era entonces algo así como ser San Miguel Arcángel. No sé qué servicio prepararía. Me dijeron que hizo dos viajes por toda América; que montó una cadena de corresponsales informativos, y que acabó fundando, bajo el patronato del PROMI (Propaganda-ministerium), una agencia periodística.

# ESCANDALO en América



POR MANUEL PENELLA DE SILVA

# ESCÁNDALO en América

De este caso "parisino" repito que supe por verdadera casualidad; pero me abrió los ojos sobre el posible de que los de Propaganda utilizasen el talento de otros periodistas exilados que, sorprendidos en París, sucumbiesen a sus tentadoras ofertas. Pero esto es sólo una sospecha mía. Me faltan pruebas y datos. En Berlín no sabíamos de París. Y yo abandoné Europa en febrero de 1942.

La comprobación de que los alemanes se valieron para su propaganda en idioma español exclusivamente de antifranquistas, de hispanoamericanos y de germanoamericanos, debe de ser un juego de niños. En cuanto al porqué de este curioso prejuicio en la selección de sus colaboradores para la propaganda en Hispanoamérica, la fantasía del lector queda libre para figurarse lo que mejor le plazca. Por cierto que ésta es la hora en que todavía en España ni se sospecha siquiera que todos, absolutamente todos, los elementos del aparato propagandístico alemán en español fueron tomados del campo antifranquista con un rigor que se comenta solo.

## EL MITO DE LA QUINTA COLUMNA

Y aquí abordo una pregunta de no menor interés. La de si, efectivamente, hubo una quinta columna española de inspiración alemana en Hispanoamérica. ¿Dónde reclutaba sus huestes? ¿Entre los españoles franquistas o entre los exilados? Porque no basta afirmar, a ciegas, que es seguro que entre los primeros dado que entre los primeros gozaba Alemania

de más simpatías que entre los segundos. En estas materias, la complejidad es mucho mayor. Y para aceptar aquello, tendría que comenzar por admitir una falsa definición de lo que es quintacolumnismo. Si por quintacolumnismo se entiende simpatía pasiva y, todo lo más, dialéctica hasta lo bullanguero, podríamos sujetarnos al tópico. Pero en este caso tendríamos que registrar también como quinta columna alemana a tantos millones de hispanoamericanos que simpatizaron con el Eje, indudablemente engañados—como muchos españoles—por lo que en apariencia y a distancia era el hitlerismo, o por una complicada serie de consideraciones patrióticas, históricas, económicas, o, si se quiere, alérgicas, que también parece que existe la alergia política...

Pero yo entiendo que quintacolumnismo no es eso. "Quinta columna" significa, ante todo, organización activa, dirigida y secreta. Sin acción, dirección y secreto, no hay tal. Hay únicamente una masa de simpatizantes vocinglera y discutidora, pero inofensiva, hasta que un real quintacolumnismo no modifique las circunstancias de tal modo que la propia quinta columna deje de serlo para abalanzarse ya sin tapujos sobre los controles de la situación. Entonces, claro es que los simpatizantes de esta idea hacen el coro; pero un coro de malditos que las más de las veces menos ayuda que estorba. Es a aquella quinta columna, la secreta, la "verdadera", a la que me he referido más arriba al formular el interrogante. Y nadie podrá negar que la recluta para la organización inteligente de una fuerza activa, dirigida y secreta, en los países hispanoamericanos, era de rigor efectuarla no en los medios españoles franquistas, sino precisamente entre los exilados. Los alemanes, que llevaban esto con verdadero tacto, no contaron nunca con individuos cuya filiación se sabía sospechosa al buen servicio de investigación de los aliados. Los falangistas y los franquistas apenas podían moverse. Disfrutaban de pocas facilidades para viajar, y cuando viajaban, eran objeto de minuciosa indagatoria. El agente ideal para la quinta columna alemana era el del otro campo, que, además de lo dicho, además de gozar de una situación libre, desembarazada, sin sospecha para sus movimientos, tenía mejor entrada y mayor protección en Hispanoamérica: podía penetrar en todas partes, podía apoderarse de verdaderos secretos, y era, en fin, por sus particulares circunstancias, más predispuesto al enganche en oscuras acciones.

## EL "ESPIA" DEL J.H.S.

Tengo la convicción de que el individuo menos apto para trabajos de espionaje y actividad quintacolumnista secreta es el español. Todas sus características son contrarias a este género de actividad, al revés de lo que sucede con individuos germanos, eslavos, sajones y orientales. Aquéllos saben idiomas, son inclinados a la técnica, son reservados,

tienen la sangre fría y apenas se descubren como pasionales. Todo lo contrario

que el español, extrovertido por naturaleza, extraordinariamente sensible a los encantos femeninos, dramático, católico y rebelde a consignas, rigores y exigencias extrañas. Por esto descarto la posibilidad de que los alemanes hayan llegado a reunir media docena de españoles en su aparato de espionaje y quintacolumnismo secreto activo y dirigido en las Américas. Pero como de este tema se ha hablado mucho con una ligereza e irresponsabilidad que escalofrían, creo de interés abordarlo y apurarlo de una vez y para siempre. Y, al hacerlo, lo primero que descubro es que no sólo debería tener para los alemanes mayor interés reclutar sus huestes secretas en los medios de los exilados que en los franquistas, sino que, además, en aquellos círculos del exilio español encontrarían una humanidad, un género de individuo mucho más idóneo para sus fines que en el otro campo. Sin referirse a todo el exilio español en su conjunto, parece indiscutible que entre ellos existía y existe un fuerte porcentaje de aventureros, de hombres desarraigados por la pérdida de puestos, situaciones, ventajas, etc., mal dispuestos para un vivir de pocos ingresos y horario rígido, habituados a despilfarrar, errantes, sin brújula, sin responsabilidad, sin esperanza, etc. Buena cantera, en fin, para ese género de leva misteriosa.

Insisto en que no creo en la disposición del español para tal índole de trabajos; pero señalo que, de los dos grupos españoles, el del exilado tenía que interesar más a los alemanes y al propio tiempo era el más catequizable de los dos. Y como he demostrado que escrúpulos de colaboración con los exilados españoles no tuvieron los alemanes en ningún momento, y he demostrado que para su propaganda desde Alemania, para España y América, en lengua española, excluyeron a los españoles franquistas y se valieron, o de gente ajena a lo español o de contrarios al General Franco, me parece la pregunta suficientemente contestada. Los servicios de investigación aliados únicamente dejaron campar por sus respetos, sin vigilancia, a los antifranquistas, y concentraron toda su atención sobre los adversarios en la guerra civil. Estoy seguro de que pescaron muy poco, si es que pescaron algo, aunque llevaron su recelo con los franquistas a extremos incomprensibles. Recuerdo que un día, en Guatemala, me preguntó el ministro de España si había oído yo alguna vez de una sección secreta de la Falange con las iniciales misteriosas JHS. Le preguntaban del Servicio de Investigación norteamericano a propósito de un falangista que tenía acorralado en Colombia, y al que no conseguían hacerle abrir su guardia. Le dije que era el anagrama de Jesucristo y que, probablemente, se trataría menos de un espía exaltado que de un piadoso y apacible jesuíta. Se apresuró a telefonar y pudo oír el estupor del norteamericano al otro lado del hilo, doliéndose sinceramente de los quebrantos que estaría pasando la cercada víctima del JHS allá en Colombia. Es un ejemplo nada más de cuán estrechamente se vigiló a los del lado franquista, y cómo, partiendo de indicios absolutamente nimios o equivocados, se quiso darles caza. Cuando, en verdad, los elementos idóneos para la empresa secreta del aparato de Himmler eran, por definición, los de enfrente. Sin que esto, repito una vez más, tenga que significar que admito que algún español de un lado o de otro se aviniera a servir a los del Reich en esas tenebrosidades que requieren, por lo general, carácter, aptitudes y aficiones que nadie ha podido advertir en mis compatriotas. La historia, como la literatura, el teatro y el cine del pueblo español, carecen en absoluto de creaciones nacionales en materia de detectivismo, espionaje y alta delincuencia en general. En todos esos campos, España no es país productor, sino importador. Y esto lo dice todo; pero, admitido que los hitleristas hayan reclutado también españoles en su aparato de quintacolumnismo para América, ¿no será más justo imaginar que lo hicieran entre los del mismo campo en que se reclutaron sus agentes de propaganda en español, esto es, en el antifranquista, como queda demostrado y es de comprobación hartamente fácil?

## LA INSATISFECHA CURIOSIDAD DE HER HEINRICH HIMMLER

En el año 1940, Himmler fué a España. Era tan confuso el panorama español contemplado desde las olímpicas alturas berlinesas, que se consideró menos propio para militares que para detectives. El gran jefe de la Gestapo, que se las daba de psicólogo, tenía como objetivos primordiales conocer y "calar" al General Franco, averiguar las verdaderas reservas alimenticias de España, estudiar las posibilidades de una aminis-

tía para los presos políticos y organizar todo género de quintas columnas viables.

Sobre el estudio psicológico del General Franco por el maestro Himmler conozco un detalle revelador. Himmler había nombrado ayudante intérprete suyo para este viaje a Brandau, joven que hasta entonces trabajaba en la Transocean. Aunque todo lo concerniente a esta misión era reservado, Brandau—un muchachote de pelo rojo—no desperdició a su vuelta la oportunidad de deslumbrar a sus ex compañeros de redacción. Y como uno de éstos me avisó a mí del tan interesante almuerzo con Brandau en el Club de Prensa, me dejé caer allí ya a los postres, y de este modo pude satisfacer en parte mi curiosidad. La forma

en que el intérprete de Himmler se expresó me dió una prueba más que suficiente para llegar al convencimiento de que Franco no gustó a Himmler. Otros muchos detalles me lo confirmaron así.

Un importante objetivo de Himmler resultó un absoluto fracaso. El jefe de la Gestapo alemana disparó a diestro y siniestro preguntas que nadie supo responder. Por ejemplo: ¿A cuánto ascendió la cosecha de patatas? ¿Número de vagones disponibles en toda la red ferroviaria española? ¿Número y peso medio de los cerdos de la Península?... Nadie le pudo informar. Himmler no tuvo otra satisfacción que la de su formidable suficiencia frente a tantas personalidades españolas colocadas ante un compromiso. Preguntó por las reservas españolas en materia de alimentación, y le respondieron que no las había. Puede comprenderse que Himmler saliera de España con las manos en la cabeza. No había nada que hacer con los españoles. Un Ejército invasor no encontraría ni una miga de pan en toda la Península, no podría vivir sobre el terreno, tendría que venir con las alforjas bien repletas. La operación española era de todo punto desaconsejable. Para colmo, los ferrocarriles españoles estaban entonces hechos una lástima, y el ancho de vías excluía toda utilización del material rodante europeo.

Pero quizás el resultado más curioso de la visita de Himmler a España fué el convencimiento que para todas las esferas nacionalsocialistas salió de ella sobre el carácter "insoportablemente" católico, reaccionario, monarquizante, patricio, etc., de la España del General Franco. Hasta este momento se había creído posible en Alemania imprimir a

la España de Franco una dirección anticlerical, pagana y nacionalsocialista. La visita de Himmler acabó con esta esperanza. En adelante, esto vino a constituir una preocupación seria. Menos de tipo militar que de orden doctrinal; pero, como es sabido, lo doctrinal pesaba allí grandemente. Y tanto más se alejaba de un país europeo la eventualidad de una campaña militar, tanto más era entregado éste a la órbita y penetración de los hombres del Partido. Por esto, una vez celebrada la entrevista de Franco con Hitler en Hendaya el 23 de octubre de 1940, España pasó a ser objeto más del Partido Nacionalsocialista que del Alto Mando alemán.

Ya no perdí de vista los verdaderos propósitos del hitlerismo con respecto a España. Se me hizo perfectamente claro en cada conversación con hombres del Partido alemán que allí no querían al General Franco. El III Reich empujaba hacia la izquierda, proponiendo infatigablemente a los españoles una actitud menos afecta a la Iglesia, menos tradicional, menos monarquizante y, en general, repito, más a la izquierda. Eran los tiempos—olvidados tiempos—en que los dirigentes del III Reich intentaban aproximar a la España de Franco con la Rusia de Stalin. Gustaba a la diplomacia hitlerista rendir ciertos favores, como, por ejemplo, la devolución a España de algunos de los españoles llevados a aquel país a raíz de la guerra civil española. Y no me refiero a los niños liberados más tarde por los alemanes en su avance sobre el suelo ruso, sino a rescates anteriores a la campaña de Rusia. En la Redacción del propio *Diario de Barcelona* conocí a un joven de éstos, devuelto de Rusia a España por gestión alemana, ya en 1940. Porque en aquellos olvidados tiempos ocurría así. Desde el pacto rusoalemán no desmayó un instante la voluntad de los del III Reich en aproximar a españoles y rusos. El diplomático uruguayo Cruz Goyenola, en su libro *Rusia por dentro*, capítulo "Españoles en la U. R. S. S.", habla de la prohibición que conocieron los españoles huídos a Rusia de calificar de fascista al Gobierno de España. Dice que la única denominación admitida que se les sugirió fué la de "Gobierno franquista". Por otra parte, estos hechos son conocidos sobradamente para que me extienda más sobre ellos. En cambio, me parece bastante menos aireado, y por eso insisto en sacarlo a la luz, que los dirigentes del III Reich, aparte de la poca simpatía que les produjese el General Franco por su impenetrabilidad, aborrecían profundamente la tónica de España.

"Los españoles no han comprendido esta hora". "Los españoles no han hecho su revolución". "Los españoles no se han modernizado". "Con una España clerical, capitalista, tradicionalista y disimuladamente monárquica, no vamos a ninguna parte". "Franco no es un caudillo del pueblo como Hitler y Mussolini". Esto oíamos todos los españoles

que vivíamos en Alemania, insistentemente, como un reproche expresado ya

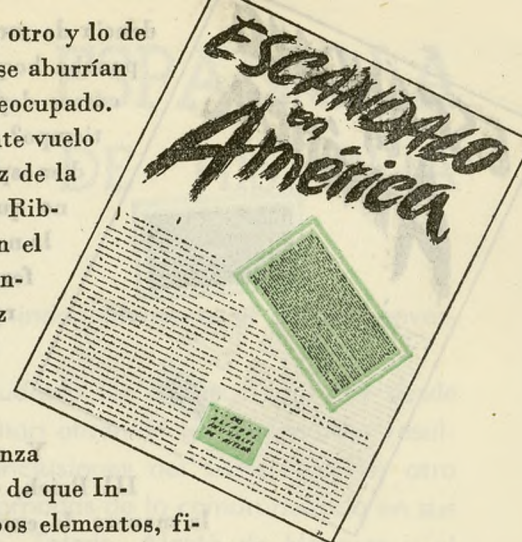
casi con fatiga. Debíamos hacer esto y lo otro y lo de más allá. Los hombres del III Reich se aburrían dándonos consejos con un aire muy preocupado. Recuerdo que fué a raíz del desconcertante vuelo de Hess a Inglaterra cuando el portavoz de la Wilhelmstrasse y mano derecha de Von Ribbentrop, Paul Schmidt, juntamente con el Dr. Grosse, director del Club de la Prensa extranjera, me dieron por primera vez una versión clara de lo que en Alemania se apetecía. Había calificado yo de locura no ya sólo el absurdo viaje de Hess a Inglaterra, sino la esperanza que pudieran albergar algunos alemanes de que Inglaterra prescindiese de Churchill. Ambos elementos, fidelísimos a Von Ribbentrop y perfectamente enterados de la política de éste, maltrataron a Churchill, como se puede suponer, calificándole de hombre nefasto para la Humanidad. "Mientras esté Churchill ahí, es imposible toda intiligencia; con cualquiera otro podríamos entendernos", afirmaron a una. "Lo que no veo—repliqué yo—es dónde está el hombre que podría sustituir a Churchill; Inglaterra no tiene hoy más hombre que él; no se descubre otro que, sea para continuar la guerra, sea para cerrar una paz sin que el Imperio se desmorone, le llegue a la suela del zapato." Muy rápido me atajaron que no era así. Según ellos, Inglaterra tenía hombres estupendos, "sobre todo en las filas socialistas, como, por ejemplo, Dalton, que en el Ministerio de Armamento, lo estaba haciendo muy bien; con Dalton, político entero, inteligente y con mucho carácter, Alemania podría entenderse y los ingleses encontrar salvación...". De aquí pasamos a tratar del socialismo, "que no es marxista propiamente dicho en el Occidente", dijeron, y del socialismo europeo desembocamos en el español, viéndome sorprendido con la novedad de que Indalecio Prieto era para ellos algo así como el Dalton hispánico..., "muy español como el otro muy inglés, también muy inteligente y con toneladas de carácter...". Lo tomé a chanza y no volví a recordarlo siquiera hasta algo más adelante, cuando, ya invadida Rusia y cortada de mala manera la amarra nazisoviética, se desentumeció el nuevo y original propósito de los del III Reich sobre el pueblo de la Península. Lo que pocos deben saber es que el asunto se estimulaba desde Alemania, convencida la gente de Hitler de que el enlace del ala izquierda de los nacionalistas españoles con Indalecio Prieto era tan posible como conveniente. Del asunto se habló, se repitió, se llevó y se trajo con extraña insistencia.

Qué gestiones se llegaron a hacer cerca de Indalecio Prieto, es cosa que yo no sé ni supe. Pero todos los españoles recordarán cuánto se habló de este negocio político en que los alemanes se esforzaban en presentar a Indalecio Prieto como personalidad simpática para los españoles, por su anticomunismo verbal, sus denuncias públicas de las faltas cometidas por los hombres del exilio español, su socialismo moderado, su prematura marcha a las Américas en franco rompimiento con sus socios del régimen republicano, y, en fin, por lo que llamaban su arrogancia y su independencia.

En resumidas cuentas, el plan nacionalsocialista, revolucionario, moderno y muy de izquierda, acariciado por los del Reich, se evaporó por falta de figura.

¿Qué se desprende de esto? Pues sencillamente lo que el lector quiera. He narrado, con el estilo más fácil, recuerdos que en apariencia son extraños entre sí, pero que en conjunto arrojan una estimable resultante muy buena para apreciar los hechos y poder establecer un criterio algo justo. Contemplaciones no he guardado para nadie, como no

las guardé al demostrar que los del exilio español ayudaron a Hitler; que la propaganda en lengua española desde Berlín no la hacían gentes del General Franco o de Falange, sino rojos; que se podía ser tan aliadófilo activo como se quisiera en la España Nacional; que lo eran personas destacadísimas de aquel régimen, etcétera. Aquí, en cambio, la ojeada es interna. De ella resulta que el General Franco no fué la persona querida de los alemanes. Fué su obstáculo. El propio Indalecio Prieto gozó de mayor favor, y no puede haber duda de que debió mostrar algún día muy buena disposición de ánimo para la colaboración con los alemanes, cuando los alemanes inflaron tanto su prestigio. Los alemanes buscaron su hombre para España constantemente. Sucedieron cosas y casos muy elocuentes que permiten asegurar que el General Franco estuvo solo en aquel forcejeo, en el que no claudicó para bien de los veintisiete millones de españoles de España, que nunca supieron lo que en realidad sucedía y la verdadera trascen-



\*\*\*\*\*  
"REACCIONARIO Y  
MONARQUIZANTE"  
\*\*\*\*\*

\*\*\* DISCURSOS \*\*\*  
\*\*\* PARA \*\*\*  
\*\*\* TAPAR \*\*\*  
\*\*\* BOQUETES \*\*\*

LOS COQUETEOS  
DEL III REICH  
\*\*\* CON \*\*\*  
INDALECIO PRIETO



dencia de muchos discursos con los que Franco taponaba boquetes... ¿De qué otra cosa que de discursos dependió la paz de España durante tanto tiempo? Porque no bastaba que nueve de cada diez españoles—como bien dice Samuel Hoare—no quisiesen la guerra. La doble ofensiva a la neutralidad española fué verdaderamente feroz. No tengo la prueba de cómo el aparato alemán instigaba a los hombres del exilio español en todo el mundo para que cerrasen contra Franco. Pero la realidad está ahí, grande y caliente.

Y no es dudoso que los hombres del III Reich, que nada desperdiciaban, encontrarían la manera de excitar o estimular a los del exilio, para que, a su vez, excitasen éstos a las potencias occidentales empujándolas a una ruptura con España. "Si mi opinión es acertada—ha escrito sir Samuel Hoare en su repetida obra, refiriéndose a aquellas difíciles jornadas—, es igualmente evidente que *tratar a España como a un enemigo es hacer el caldo gordo a los alemanes, que están decididos a llevar al país a la guerra contra su voluntad.*" Creo que no se puede decir más claro que la ofensiva del exilio español era ofensiva hitlerista.

Tenemos que preguntar con qué derecho gritó ahora ese exilado que el caso español es de índole internacional. Porque si cuando se peleaba, si cuando corría la sangre a torrentes, ellos no miraron por los intereses de la causa aliada sino por los propios, que justamente eran los contrarios a los de la causa aliada; si trabajaron con todas artes y

mañas para hacer más fuerte a Hitler..., ¿cómo pudieron sentirse accionistas del botín de la victoria? ¿Bajo qué concepto podrán aspirar a los beneficios de la propia victoria que boicotearon? ¿Qué pueden arrojar al General Franco, o a los españoles de España, que el General Franco y los españoles de España no puedan devolverles agravado en términos mortales para su fama y aun para su vida, si el mundo abre los ojos y les descubre y ficha como criminales de guerra clandestinos?

Nunca será exagerada mi machaconería, porque me consta que el mundo sufre un empacho, una indigestión, un envenenamiento, que le nubla sus entendederas. Además, que ese clavo me irrita y me pide más golpes por lo inaudito que es esto de haber luchado y sufrido para que España no fuese a la guerra, y toparse ahora con que los que desearon y empujaron para que sí fuese, pero no en contra de Hitler, sino con Hitler, reclaman desfachatados su participación en los beneficios. Pero ¿es que, aparte de la denunciada actividad antiespañola y pró nazi en que tanto lograron sobresalir, les ha conocido alguien otra acción de favor para la causa aliada? ¿Qué hicieron? ¿Dónde estuvieron? ¿Dónde se encuentra la lista de sus méritos secretos o públicos?

Consideremos, por ejemplo, el curioso caso—advertible por los que sabemos leer, que por lo visto no somos muchos—de que la prensa de América era mucho más vigorosa y empeñosa en el ataque al General Franco que en el ataque a Hitler. Cualquiera medianamente experto que repase esas colecciones de diarios tendrá que convenir así. Porque el ataque al General Franco lo sentían, no el ataque a Hitler. En el ataque a Hitler se manifestaban con torpeza de párvulos. En el ataque al Jefe del Estado español estaban inspirados y audaces. Ahí está para el que quiera verlo. La mejor propaganda antihitlerista en la América de habla española era la que se traducía de los ingleses y de los norteamericanos. El exilado español descubre su flaco ahí. Mientras es seguro que habría arrastrado a no pocos hispanoamericanos a una invasión de España, no se sabe que por su fogosidad propagandística saliesen disparados de la América de habla española fuertes contingentes de voluntarios. Fué insignificante la aportación voluntaria de Hispanoamérica a la guerra mundial. Y aun esa tan reducida presencia lleva casi siempre nombres de origen inglés. En cambio, ¿cabe duda de que los del exilio habrán hecho maravillas oratorias y periodísticas para llevar a España, como sugestionados, a buen golpe de hombres de Hispanoamérica? Un poco de atención. El exilado español que tanta sagacidad ha demostrado en convencer a los pueblos de Hispanoamérica de que España era un peligro mundial, ¿cómo no consiguió convencer a los mejicanos de que deponiendo su antipatía a los Estados Unidos debían enrolarse en el Ejército norteamericano para combatir a Hitler? Es mucha casualidad que el único país de América que envió contingentes de su Ejército nacional a combatir a Europa haya sido justa y precisamente el Brasil, que no habla español. Es mucha casualidad. Pero casualidad que sólo podrá digerir un norteamericano que ignora cómo nos las gastamos y cuánto talento tenemos los españoles, y que ignoran qué clases de hombres son los de nuestro exilio.

\*\*\*\*\*  
 \* \* INGENUOS \*  
 NORTEAMERICANOS  
 \*\*\*\*\*

Aquí la verdad monda y redonda es que los señores del exilio, sin privarse de nada durante la guerra, escamotearon a la propaganda norteamericana las mejores planas de la Prensa de Hispanoamérica, de modo que por ellos, por la causa antihitlerista no fué nadie a combatir; pero si hubiesen sonado las trompetas de la invasión a España bajo el comando de los dirigentes del exilio español, esta misma América habría sabido poner en pie buenas brigadas, *bien que no tan nutridas como las que se hubieran podido poner en pie en esta misma América si España hubiese sido invadida por Hitler y el General Franco hubiese lanzado al mundo una apelación de socorro.* Porque en esta América no hubo causa antihitlerista que valga cuando se trata de discutir el tema español. Este eclipsó a aquél. No al contrario. ¡Ah, y qué ganas me acometen de desarrollar aquí este importantísimo tema en que sin quererlo he desembocado! Pero no lo haré. No quiero salirme de mi denuncia de que todo ese exilado español durante la guerra y dentro de la órbita del conflicto internacional fué de estorbo, lo mismo que en esta postguerra. Se movieron al margen de la conflagración, y sería bufo anotarles como contribución a la causa aliada aquellas intrigas, aquellos ataques, aquellas locuras, ¡para que el General Franco, convencido de que su suerte estaba unida a la del Eje, se arrojase a combatir contra los aliados! Repito que ni los médicos del exilio español fueron a los frentes de guerra, ni los jóvenes pidieron tanques, ni los intelectuales convencieron a ningún hispanoamericano de que debía pelear por la buena causa, ni las mujeres se hicieron enfermeras. Si alguno individualmente trabajó en la Marina mercante aliada o colaboró desde alguna radio, fué por negocio personal. En cuanto a los jefes, los inspiradores del exilio español, muchos de ellos consejeros influyentes cerca de los Gobiernos de Hispanoamérica, se dieron buena vida, y lejos de levantar a los señores del Eje dolor de cabeza con su actividad, se comportaron como sus mejores auxiliares en el Extranjero, como los capitostes mayúsculos de su mejor quinta columna.

LA MAYOR ESTAFA  
 \* \* \* MORAL \* \* \*  
 DE LA HISTORIA

Se me dirá que de los exilados en Francia hay recuerdo de alguna obra meritoria. Pero ya hablaremos de ellos y de lo que hicieron y del por qué lo hicieron. Su actividad—como demostraré—no modifica el pleno de lo que llevo dicho. El exilado español estuvo todo él al margen de la conflagración universal, con la derrota de Franco por objetivo y no la derrota de Hitler. Los jefes, que tomaban el te con Mr. Eden y con los prohombres norteamericanos, engañaron vilmente a Roosevelt y estafaron al mundo. *Fué la suya la más formidable estafa moral que recuerda la historia.* Pero se descuidaron. Se descuidaron. Porque, concluída la guerra, no ha sido posible a los dirigentes aliados elogiar la aportación del exilado español a la victoria, cosa que no habrían dejado de hacer con su mejor lírica si hubiese la más insignificante base para ello. ¡Qué no habrían dicho si hubiese sido así! ¡Qué maravillosos efectos propagandísticos no habrían sacado los Goebbels del exilio español si un Churchill o un Roosevelt o incluso un Stalin hubiese aludido una sola vez a una cualquiera contribución del exilado español a la victoria! Pero repito que se descuidaron... Y de este para ellos fatal descuido, viene a resultar hoy que mientras hay cartas, hay discursos, hay escritos en los que Roosevelt, Churchill, los altos jefes militares de las fuerzas aliadas, embajadores y destacadas plumas periodísticas mencionan, elogian, aluden o confiesan una gran contribución de Franco a la victoria, no aparece por parte alguna ningún papelín en el que alguien, cualquiera, la criada, el chófer o el camarero del más insignificante actor de los hechos que condujeron a la victoria de los aliados, afirme, insinúe, diga, cante o suponga que los hombres del exilio español puedan remotamente ser acreedores a un modesto aplauso de simpatía por algo que parezca que hayan podido intentar hacer en favor de aquella victoria. Morrocotudo descuido. Fatal descuido. Considerándolo atentamente, se comprende la profunda hipnosis de que son víctimas los gobernantes, las cancillerías, los prohombres del mundo aliado, los periodistas, los diplomáticos y los magníficos señores de la ONU, cuando nadie se ha sorprendido aún, cuando nadie ha preguntado todavía con qué derecho, bajo qué consideración sería, por qué motivo y sobre qué fundamento firme los señores del exilio español reclaman su parte en la victoria, zarandeando malhumorados a sus hipnotizadas víctimas, no porque no les reconozcan sus falsificadas patentes de propiedad del Gobierno español—que han hecho creer que están legitimadas nada menos que en la guerra contra Hitler—, sino porque las naciones no apelan a la gendarmería universal para ponerles en posesión de ese Gobierno de España, que, a su decir, es cosa que les debe el mundo...

Pero no todos hemos caído en ese trance. Los españoles no estamos hipnotizados. Conocemos a esos brujos y les damos mil vueltas en su propia brujería. *Esos caballeros del exilio y la fascinación trabajaron para Hitler. Es todo lo que sabemos de su actividad.*